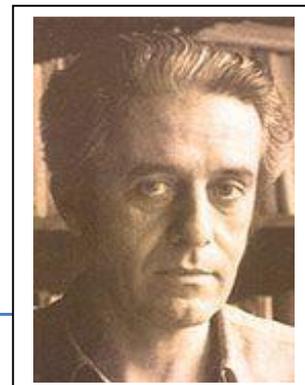


## Baldomero Fernández Moreno o el Testut en un soneto



Sin duda la historia ha sido injusta con Baldomero.

La memoria nos remite a su soneto más recordado aunque, para mi gusto, no hace honor a su fina ironía y humor, y que, según cuenta la leyenda, evoca el edificio de la esquina de Corrientes y Pueyrredón.



*Setenta balcones hay en esta casa,  
setenta balcones y ninguna flor.  
¿A sus habitantes, Señor, qué les pasa?  
¿Oodian el perfume, odian el color?*

*La piedra desnuda de tristeza agobia,  
¡Dan una tristeza los negros balcones!  
¿No hay en esta casa una niña novia?  
¿No hay algún poeta bobo de ilusiones?*

*¿Ninguno desea ver tras los cristales  
una diminuta copia de jardín?  
¿En la piedra blanca trepar los rosales,  
en los hierros negros abrirse un jazmín?*

*Si no aman las plantas no amarán el ave,  
no sabrán de música, de rimas, de amor.  
Nunca se oirá un beso, jamás se oirá una  
clave...*

*¡Setenta balcones y ninguna flor!*

Baldomero Fernández Moreno era hijo de una familia española cuyo miembro más prominente fue su tío Avelino Gutierrez, Titular de la Cátedra de Anatomía de la Facultad de Medicina de la UBA, quien le dio nombre propio al triángulo húmero-tricipital, espacio vásculo-nervioso que se ubica entre el húmero y la escápula, o **Triángulo de Avelino Gutierrez** que tanto trabajo nos diera cuándo escalpelo y pinza de disección en mano hurgábamos el hombro de un involuntario colaborador, ya cadáver, en la clase de Locomotor. El bueno de don Avelino fue homenajeado en la misma Facultad con la colocación de un busto en el ángulo formado por el pasillo que corre paralelo a la calle Uruburu y su intersección con el pasillo paralelo a la calle Paraguay, que obviamente pasó a llamarse **El ángulo de Avelino Gutierrez**, en chusca referencia a su anatómico legado, pasillo que desembocaba en el quiosco de los cieguitos, quienes vendían en igual proporción sándwiches de milanesas y comprimidos de Tamlán, anfetamina muy utilizada por estudiantes y rockeros en la década del '70.

Pero volviendo a Baldomero, digamos que se recibió de médico en el año 1911 y en 1912 presentó y defendió su Tesis Doctoral denominada **Tratamiento de las Fístulas y Artritis Tuberculosas por la Pasta de Sub-Nitrato de Bismuto** y en ese mismo año se instaló en la ciudad de Chascomús ejerciendo como médico rural. Allí conoció a quien sería el amor de su vida, Dalmira López Osornio, con quien se casó en 1919 y a quien le dedicó un humorístico epitafio en vida:

***Caminante: en el mundo me llamaron Dalmira.  
Un poeta deshizo en cantarme su lira.  
Bajo esta piedra blanca dulcemente sonrío.  
Eso sí, caminante: tengo un poco de frío.***

Fue sin dudas su amada Dalmira la destinataria del celebrado **Soneto a tus vísceras** con el que pretendí homenajear a mi resignada esposa en su último cumpleaños:

*Harto ya de alabar tu piel dorada,  
tus externas y muchas perfecciones,  
canto al jardín azul de tus pulmones  
y a tu tráquea elegante y anillada.*

*Canto a tu masa intestinal rosada,  
al bazo, al páncreas, a los epiplones,  
al doble filtro gris de tus riñones  
y a tu matriz profunda y renovada.*

*Canto al tuétano dulce de tus huesos,  
a la linfa que embebe tus tejidos,  
al acre olor orgánico que exhalas.*

*Quiero gastar tus vísceras a besos,  
vivir dentro de ti con mis sentidos...  
Yo soy un sapo negro con dos alas.*

En 1920 retorna a Buenos Aires, ejerciendo en el Hospital Español hasta 1929, año en que decide dejar la profesión para dedicarse de lleno a su verdadera pasión que era la poesía. En esa época escribe su libro **Yo Médico, Yo Catedrático**, que fue publicado recién en 1941, de donde extraigo el **Romance a mis Chapas**

io  
Con mis gamuzas de ensueño!

*Nunca bruñó con mas pulso  
Sus arneses un guerrero  
A fe que fuisteis adargas  
Contra lanzones adversos.  
¡Cómo os veía, torcidas  
En cucuruchos de argento,  
Trompetas para mi fama,  
Para mi abundancia, cuernos!  
¡Y qué abandono, después,  
Y qué olvido, chapas, luego,  
Cuando empezaron a abrirse  
Entre níqueles y espejos  
Poemas en mis recetas,  
hongos en mis instrumentos!  
¡Y qué lágrimas corrían por  
vuestros rostros severos,  
Al verme venir al alba,  
Cansado y medio deshecho!*

*Y no de consultas graves*

*Con colegas estafermos*

*Sino de botillerías,*

*Redacciones y ateneos,*

*O de un simple divagar*

*De amigotes y luceros*

*Discutiendo como locos*

*Escuelas, libros y versos.*

*Os pido, chapas, perdón,*

*Si una tarde un carpintero*

*Os arrancó de mi puerta*

*Y no de mi propio pecho.*

*La culpa no es de ninguno*

*Y ya estamos todos viejos*

Baldomero Fernández Moreno fallece el 7 de julio de 1950 de un ACV en su casa de la calle Francisco Bilbao 2384 del barrio de Flores y sus restos descansan en el Cementerio de Chascomús.

Uno de sus sonetos, *El Obelisco*, está grabado en la cara sur del monumento que evoca la primera vez que el pabellón nacional fuera izado en la ciudad de Buenos Aires el 23 de agosto de 1812 y que fue escrito en una servilleta

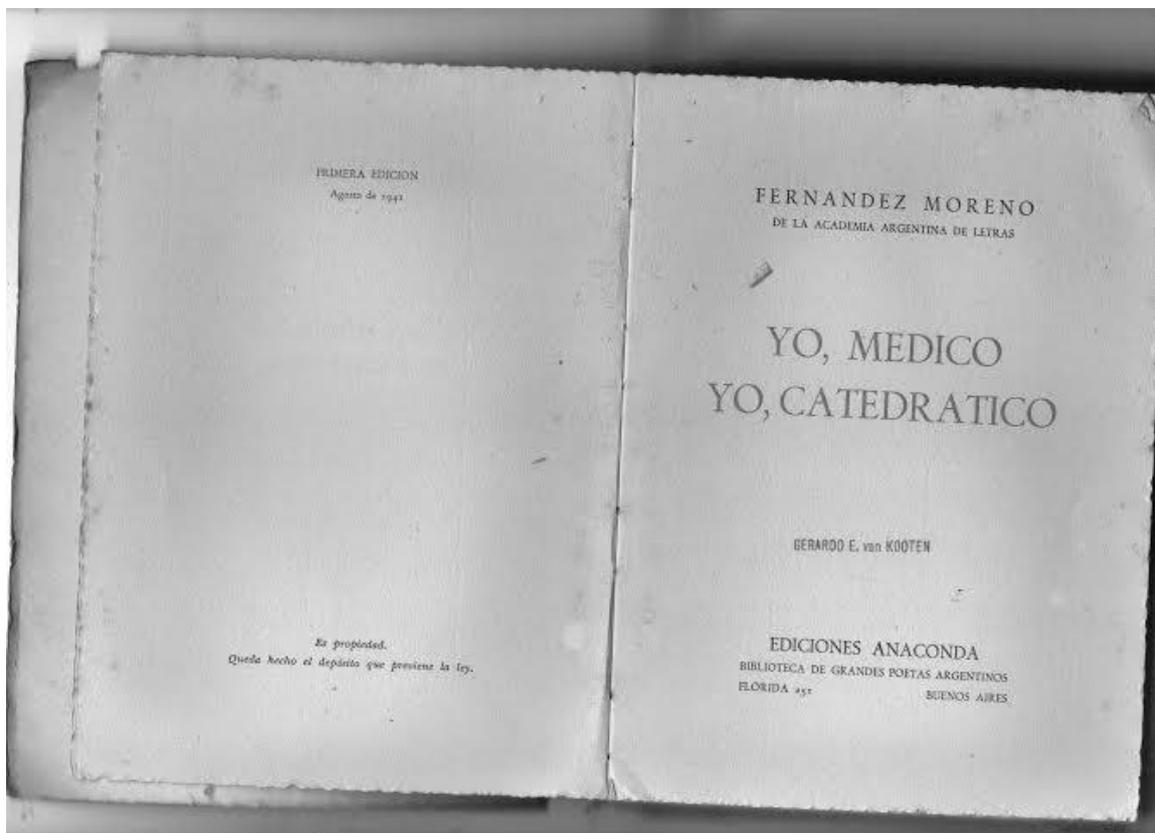
durante la cena de homenaje al arquitecto encargado de la construcción,  
**Alberto Prebisch**, en el **Alvear Palace Hotel**.-

*¿Dónde tenía la ciudad guardada  
esta espada de plata refulgente  
desenvainada repentinamente  
y a los cielos azules asestada?  
Ahora puede lanzarse la mirada  
harta de andar rastrea y penitente  
piedra arriba hacia el Sol omnipotente  
y descender espiritualizada.  
Rayo de luna o desgarrón de viento  
en símbolo cuajado y monumento  
índice, surtidor, llama, palmera.  
La estrella arriba y la centella abajo,  
que la idea, el ensueño y el trabajo  
giren a tus pies, devanadera.*

PS: Agradezco a mi entrañable amigo y antiguo camarada, el Profesor Daniel Paúni, Director del Quilmes High School y profesor de literatura, a quien

recurso invariablemente cuando mi pasión por las letras deviene en dudas, falencias, ignorancias e imprecisiones, por el material aportado de su propia biblioteca.

Dr. Pablo Vadori  
Consejero por Pilar



¡Cómo os pulía al principio  
con mis gamuzas de consueño!  
Nunca brufió con más pulso  
sus arneses un guerrero,  
y a fe que fulsteis adargas  
contra lanzones adversos.  
¡Cómo os veía, torcidas  
en cucuruchos de argento,  
trompetas para mi fama,  
para mi abundancia, cuernos!  
¡Y qué abandono, después,  
y qué olvido, chapas, luego,  
cuando empezaron a abrirse  
entre níqueles y espejos,  
poemas en mis recetas,  
hongos en mis instrumentos!  
¡Y qué lágrimas corrían  
por vuestros rostros severos,  
al verme venir al alba,  
cansado y medio deshecho!  
Y no de consultas graves  
con colegas estafermos.

64

sino de botillerías,  
redacciones y ateneos,  
o de un simple divagar  
de amigotes y luceros,  
discutiendo como locos  
escuelas, libros y versos.  
Os pido, chapas, perdón,  
si una tarde un carpintero  
os arrancó de mi puerta  
y yo de mi propio pecho.  
La culpa no es de ninguno  
y ya estamos todos viejos.

65